

NUESTRA HISTORIA (X): EL RENACIMIENTO



TEXTO



Antxon Iturriza
(Donostia, 1948)

Montañero y cronista de montaña, ha escrito miles de artículos y una docena de libros, entre los que destaca su trilogía "Historia testimonial del montañismo vasco". Actualmente es miembro de la Fundación EMMOA para la creación del Museo del Montañismo Vasco.

El 19 de diciembre de 1971 iba a marcar un cambio de rumbo en la historia del montañismo vasco. Tras un periodo de cuatro años de incertidumbres derivadas de la crisis de la ikurriña de los Andes, en Iruña se reunía la Asamblea Regional de la Federación Vasco-Navarra de Montañismo para escoger un nuevo presidente.

Había cuatro candidatos. Tras las votaciones, según consta en las actas, a las 13,10 h se daba a conocer el resultado: Paco Iriondo era el elegido por una amplia mayoría de votos. Nadie era consi-

ciente en aquellos momentos de que se había descubierto a un líder y de que se estaba iniciando un nuevo ciclo.

El panorama que tenía ante sí el nuevo presidente no era muy alentador: Pyrenaica llevaba cuatro años sin editarse, las estructuras federativas y la economía estaban bajo mínimos, al igual que la confianza de los montañeros en la Federación. Había que comenzar de cero. Por no haber, no había ni una máquina de escribir en la oficina.

A pesar de ello, Iriondo empezó haciendo un alarde de optimismo al presentar entre sus primeras propuestas la organización de "una gran expedición a los Andes o a Pakistán". Otro objetivo reclamado por todos era la recuperación de Pyrenaica. No fue fácil, pero tan sólo un año más tarde Pyrenaica volvía a los buzones de los montañeros, dirigida por Casimiro Bengoetxea.

No fue éste el único índice del renacimiento federativo bajo el impulso de Iriondo. En octubre de 1973, la asamblea celebrada en Gasteiz aprobaba la propuesta de construir un refugio en el circo de Piedrafita. Un proyecto ilusionante que tardaría nada menos que veinte años en convertirse en una realidad, aunque de forma bien diferente a la que habían soñado sus promotores vascos.

Expedición Tximist al Everest 1974 . FOTO: colección exp. Tximist

Portada de Pyrenaica en 1972





Expedición Tximist al Everest 1974 . FOTO: colección exp. Tximist

LA GRAN AUDACIA

Mientras las dinámicas federativas tomaban velocidad de crucero, en otro ámbito, en el de la actividad alpinística, los proyectos volaban a altitudes hasta entonces nunca imaginadas. Fechada el 28 de julio de 1972, el gobierno de Nepal concedía permiso a la expedición vasca para intentar en la primavera de 1974 el ascenso, nada menos que al Everest.

La aparentemente descabellada noticia había tenido un largo tiempo de incubación y no precisamente fácil. En las directivas federativas de Madrid pronto se descubrió que los promotores de la audacia no eran otros que "los de la ikurriña de los Andes".

Hubo que vencer muchos recelos de los dirigentes franquistas, tarea en la que contribuyó decisivamente el nuevo presidente de la FEM, el cántabro José Antonio Odriozola, antes de que se diera el visto bueno a una expedición que llevaría, para evitar suspicacias, el nombre de la marca de pilas Tximist, y el apoyo financiero de Juan Celaya.

Finalmente, en marzo de 1974 la expedición con dieciséis componentes, avanzaba por los serpenteantes senderos del valle de Khumbu camino del campo base del Everest.

En el diario de la expedición, Juan Carlos Fernández de la Torre escribía el 24 de marzo: "Salida de Lobuche y llegada al campo base. Altura, 5400 metros. Se monta el campamento de forma dispersa, ya que el terreno no permite otra cosa".

El lugar era inhóspito, pero el cerco de montañas gigantes que lo rodeaba tenía una grandiosidad impactante. Y allí estaban ellos solos, absolutamente solos, junto a los sherpas que les iban a apoyar en el intento. Quedaban todavía lejanamente imaginables los tiempos de las masificaciones y de la profanación sacrílega de las tierras más altas del planeta.

Había un personaje más en la escena: se trataba del periodista José María Calle, enviado allí por las autoridades competentes "para informar sobre la expedición", aunque

todos eran conscientes de cuál era la verdadera razón de su presencia en el campo base.

Y poco a poco, como hormigas entre los pasteles de merengue helado, fueron cruzando la temida Cascada de Hielo, la Comba Oeste, la pared del Lhotse, el Collado Sur... Nombres que estaban ya cosidos para siempre a la historia de la montaña.

Y se fue aproximando el momento del desenlace. Los primeros en intentarlo iban a ser Uriarte y Rosen.

ELGETA, MIRANDO AL EVEREST

A muchas millas hacia el oeste, el montañismo vasco estaba de fiesta. En la plaza de Elgeta, el 18 de mayo de 1974 se habían congregado centenares de montañeros para conmemorar las Bodas de Oro en el que había sido escenario, cincuenta años antes, de la fundación de la Federación Vasco Navarra de Alpinismo. Entre los asistentes, estaban todavía algunos de los fundadores, junto a montañeros ilustres, directivos y políticos. Se encontraban en Elgeta, pero con el ánimo orientado hacia las montañas del Himalaya donde, en aquellos momentos, se estaba decantando la partida decisiva. Nadie sabía nada, porque las comunicaciones con el campo base eran imposibles. "Que alguien llame a Madrid, a ver si saben algo...". Todos aguardaban con la esperanza de que un mensaje, un breve telegrama, hiciera más grande la fiesta y la historia.

Sólo días después se sabría que Uriarte y Rosen habían estado a punto de conseguirlo. Les habían faltado 400 malditos metros para llegar a la cumbre. Habría que esperar todavía seis años para que el sueño se hiciera realidad.

Invitados entrando a misa en Elgeta en la fiesta del 50 aniversario - FOTO: A. Olorón

